

# A las seis de la tarde

(En Setiembre, mes de la Libertad).

Tu última carta me deja honda tristeza clavada en el alma, como una espina: «Hoy he salido a lo largo del Hudson. Esta tarde ha debido ser muy bella, pero aquí es muy difícil conocer la belleza de una tarde.

«De lejos he mirado la Estatua de la Libertad; han dicho que no podemos visitarla; cierran la entrada a las cinco y han dado ya las seis. Me conformo con mirarla de lejos».

¿CON QUE te conformas con mirarla de lejos, medio envuelta en el misterio de una tarde *«que ha debido ser muy bella?»*

¿Y te quedarás sin ir a peregrinar al través de sus ascensores y de sus tortuosas escaleras?

Y, sin embargo, esa mujer insípida, enorme, descomunal, es una invitación constante.

Ejerce cierta atracción magnética para el viajero, que se dice: hay que entrar a la Libertad a todo trance.

Como si encerrarse en aquella cárcel de acero fuera la única manera de sentirse libre.

ENCARAMADA sobre el islote de Bedloe, alzada trescientos pies sobre las aguas de la bahía, parece que fuera un discurso de la Revolución Francesa cristalizado.

—Aquí estoy yo, dice aquella mujer enorme, yo soy la Libertad. Este es mi reino. He venido a alumbraros el camino con esta enorme tea; subid a lo largo de este río y encontraréis el pueblo de la Libertad.

Yo vine aquí desde 1866, en que las fraguas de Francia me dieron el encargo de iluminar al mundo, como un sol.

Eiffel, el arquitecto monstruoso, ideó mi esqueleto; yo soy hermana de la Torre de París; sólo nuestro padre era capaz de idear estas monstruosas osamentas antidiluvianas.

Somos hijas de otras épocas y de otros planetas.

San Carlos Borromeo nunca podrá ser tan grande como yo. San Carlos Borromeo está bendiciendo a Arona; yo no sé bendecir, pero sé iluminar. Para bendecir le basta su pedestal de cuarenta pies y sus sesenta y seis de talla; para iluminar, eso sería ridículo.

La cara del Santo sólo tiene siete pies y medio. Cerano, su padre, nunca fué como Eiffel, mi padre.

Bartholdi me vistió los huesos y he sido mujer.

Quizá Bartholdi ha querido que la Libertad tuviese por fuera todas las falacias de la mujer y por dentro todos los horrores del monstruo.

Atractiva y engañosa por fuera, formidable y espantosa por dentro.

Soy un amontonamiento de planchas de cobre superpuestas, pero tengo un alma de acero.

Todo esto es simbólico. Yo soy la Libertad y soy dura, rígida, inflexible, feroz. La Libertad no sabe acariciar, es formidable y aplasta.

Este brazo mío tiene cuarenta y dos pies de largo. Eso sólo indica que es una amenaza suspendida.

Esta boca mía está abierta tres pies para gritar a los viajeros una palabra sonora: Libertad.

Pero he aquí que en el momento de gritarla, mis labios se paralizan, la boca enmudece y de ese enorme grito sólo queda el gesto.

Esta cabeza mía es una enorme cabeza. Puede encerrar cuarenta hombres.

Diez pies separan mi oreja izquierda de mi oreja derecha y diez y siete separan la barba del cráneo.

Pero toda esta enorme cabeza está vacía como si todos mis pensamientos hubieran de ser vacío, soledad, silencio.

Por eso nadie sabe, cómo pienso; ahí está mi virtud. En mi nombre todo horror y toda tiranía puede apoyarse.

Mi pensar no es mío, es de los cuarenta viajeros que se albergan en mi cabeza. Por eso satisfago a todos y todos me elogian.

¿Qué me importa pensar? Es más bien una carga que me he quitado de encima.

Yo os alumbró, sin embargo, el camino con la tea de mi brazo, pero en la otra mano aprieto el Libro de las Leyes.

Por eso os digo: «Hombres: sois enteramente libres, pero es preciso que os acomodéis entre las tapas de este Libro. Vuestra ley es ésta, yo os llevaré de la mano a través de vuestra Libertad. Cuidado os asomáis un punto fuera de la reja de estas letras, porque entonces conoceréis el poder de mi brazo que tiene cuarenta y dos pies de largo».

¿Queréis saber de estas leyes?

¿Conocéis a Woodrow Wilson? Es

un Profesor de la Universidad de Princeton que ha llegado a Presidente de la República.

Pues bien, acaba de publicar un libro que se llama: «La Nueva Libertad».

Allí, en la portada estoy yo litografiada. El os lo ha dicho al prologar: «La Nueva Libertad es sencillamente la antigua que vuelve a vivir».

Pero ¿por qué lo dice el Profesor de Princeton? ¿Sospecha que he estado muerta? ¿Cree que no he vivido siempre?

Oíd a este hombre:

«La Industria norteamericana no es libre, y hubo un día que lo fué. Las empresas norteamericanas no son libres. El hombre que sólo tiene un pequeño capital, se encuentra con que le es difícilísimo ocupar el campo.

«Cada vez es más imposible para él competir con sus poderosos compañeros.

«¿Por qué motivos? PORQUE LAS LEYES DE ESTE PAÍS NO IMPIDEN QUE EL FUERTE APLASTE AL DÉBIL. Esa es la razón.

«PORQUE EL FUERTE HA APLASTADO AL DÉBIL, el fuerte domina en la industria y en la vida económica de este país».

Pues ya lo habéis oído. ¿Sois fuertes, ricos, poderosos, os habéis reunido en ricos trusts? Vosotros sois libres.

¿Sois minero, mecánico, obrero, labriego? Vosotros sois siempre parias, sabed que mi brazo tiene cuarenta y dos pies de largo y está alzado en alto.

Esta ciudad que yo protejo ha sido llamada «La Ciudad del Demonio Amarillo».

Una vez el amargo Gorki ha dicho que: «Todo el hierro, las piedras, la madera, todo parece cargado de protestas contra esta vida sin sol, sin cantos, sin alegría, esclava de un opriente batallar».

Gorki no sabe lo que dice. Mi pueblo lo ha silbado.

Desde aquí, de este mirador se ven los hombres como hormigas, se codean a lo largo de las calles, se estrujan, se arremolinan, se despedazan.

Por esas calles va rodando toda intriga, todo crimen, todo asco. La mujer vende el tesoro de su carne, el hombre vende el tesoro de su nombre. El chiquillo corre sobre la nieve, con los pies descalzos, vendiendo fósforos o voceando el periódico, con una voz desfallecida que ya no quiere escaparse del pulmón. La chiquilla, se mete, como lagartija, entre el basurero buscando trapos viejos.

El banquero hace números y números, el apache lo espera en la encrucijada, afilando el puñal. El tendero amontona y amontona monedas y el ladrón alista la llave falsa o el soplete oxídrico.